

Vestigios

Javier Sicilia

Antes del asesinato de su hijo Juan Francisco, el 28 de marzo de 2011, Javier Sicilia había puesto punto final a un libro que reunía poemas de varias épocas. El volumen llevaba por título Los restos. A raíz de la muerte de Juanelo, Sicilia escribió un último poema dedicado a su hijo. Con él cerró el libro y se despidió de la poesía. Próximamente Editorial Era lo publicará bajo el título de Vestigios. Estos poemas son parte de esa última obra.

Para mi Juanelo, en la invisibilidad de su presencia

Época

Y levantándose partió hacia su padre

Lucas 15, 20.

I

Intentamos volver
de la ruina volvimos cada tarde
de las ciudades
intentamos volver
esperamos volver

—bebíamos
bebíamos entonces

gozábamos tus ojos
la oscura lumbre de tus ojos bebíamos—

desde entonces intentamos volver
recordando
esperamos volver cada tarde

a veces reconozco
el aroma del vino de la infancia
el sabor del hogar
el libro abierto

—había siempre un libro
donde entonces bebíamos tus ojos
comíamos tus ojos—

desde entonces volvimos
intentamos volver desde las ruinas
de la ciudad volvimos
esperamos volver
recordando tus ojos
la negra oscura lumbre de tus ojos
rogando por nosotros
rogando por nosotros.

II

En invierno volvimos
mitad atados
medio libres también
regresamos a casa

junto a las flores rotas
entre restos de cena están las migas
los olvidados coros de la noche
perdidos en la juerga

nada hay
nadie hay
donde nos aguardabas
y serviste la cena
sino la larga esclusa de esta noche
y la delgada estría de tu estancia
arrancada a la ausencia
en medio del desastre:

un fragmento de pan
y los restos del vino.

Pentecostés

A la memoria de mi padre en Asís

Estuvo Asís desnudo en nuestros ojos
la embriaguez en la boca y la saliva estuvo
diciéndose la lengua todo el día
en nuestro oscuro oído

estuvo el fuego en el fulgor de Umbría
con el bronce de Asís resonando en el viento
nada faltó
estuve en ti y tú en mí

estuvimos en él.

Absconditus II

Yo soy la tenebrosa¹
la viuda inconsolada
la perdida
que besaste en la noche sin ser visto

ya nada me consuela
y hacia el hueco desciendo
hacia adentro del hueco más vacío
al ojo de la aguja
buscándote hacia el fondo
donde arden las ascuas y mi almendra
despojada

—ven en el hueco
éntrame *absconditus*—

tócala

porque soy la agobiada
la oscura
la perdida

tócala allí
amor
donde el brillo no logra consolar
y el vértice es más hondo

tócala allí
otra vez

hazme gemir de gozo

resplandece de oscuro.

¹ Gérard de Nerval, “El desdichado”.